

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

N.º 385

20 Cts.



EB.

EL
CAPITAN
SORRELL

(EDICIÓN POPULAR)

POR

H. B. Warner

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca
de Catalunya

Mano off.



**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**
EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración { Teléfono 18551

Año VII BARCELONA N.º 385

EL CAPITAN SORRELL

Adaptación cinematográfica de la novela
«Sorrell e hijo», original de Warwick Deeping.

Dirigida por
HERBERT BRENON

EXCLUSIVA DE

UNITED ARTISTS

Rambla de Cataluña, 60 y 62 - BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de

SYLVIA FIELD



EL CAPITAN SORRELL

Argumento de la película

I

1914-1918. Días de luto, de sangre, de horrores sin fin. Días que dieron lugar a millares de novelas basadas en el inagotable y desastroso tema del mayor de los desastres: la Gran Guerra.

Pero al año 1918 le cupo la sin par alegría de ver terminar el cruento conflicto, devolviendo, como un abuelo cansado de llorar, los restos de la hecatombe a sus hogares.

Aquel año, cuyas postrimerías verían clarear el día de la mutua comprensión de amigos y contrarios, fué también testigo de un acto de bravura de un hombre que había sabido adaptarse a la vida de soldado con el mismo temple de acero que era su norma de conducta en todos los órdenes de su existencia de caballero.

En la paz se debió a la paz; en la guerra se debía a la guerra.

Por su comportamiento, en todo momento noble, humanitario por encima de todo, hermanando perfectamente su en aquellos años de lucha espíritu bélico con los deberes que la rectitud de conciencia dicta para con el prójimo, el admirable capitán inglés Esteban Sorrell, el soldado modelo por exce-

lencia, se había hecho apreciar de todos sus jefes y su nombre era venerado por doquiera pasara.

Tan peregrinas virtudes clamaban un homenaje a la luz del día, de cara al sol y ante los compañeros que vivieron con él horas amargas durante las cuales la Muerte se dejaba rondar seducidos con los encantos de la más fascinadora de las novias...

Y respondiendo al deseo que se albergaba en muchos pechos que se dilataran ante las magníficas proezas del invicto soldado que con tanta bondad y fiereza a un tiempo mismo honró su uniforme, una mañana del año de gracia de 1918, y en los campos de batalla de Francia, la bella, la famosa, la inmortal, hendieron el aire, con sus entusiastas toques, los clarines del regimiento del héroe: redoblaron, como en un acceso de frenética admiración, los rumorosos tambores, y la mano del jefe, previa lectura, por un oficial, de la última heroicidad del favorito de Marte, clavó en la guerrera del capitán Sorrell, y sobre su corazón, como un beso de la adorada figura de la Patria, la condecoración más preciada: la Cruz Militar.

Las tropas y la oficialidad le rindieron honores con verdadera unción, y el capitán Sorrell, henchido de legítimo orgullo, esforzóse en contener ante su jefe las traviesas lágrimas que se asomaban a las ventanas de sus ojos...

Pero más tarde, a solas con su alma, el bravo humedeció con la caricia de sus labios y de sus miradas la gloriosa insignia que resplandecía sobre su pecho.

Y aquel día, aun a las más altas horas de la noche, brilló el sol para él, y en el centro del dorado astro parecía ver Sorrell, a juzgar por sus sonrisas, la dulce silueta de lo que él quería más en el mundo y por lo que había aceptado ufano la recompensa...

* * *

El desbordado río volvió a su cauce. En la desenfrenada carrera de sus caudalosas aguas perecieron millones de vidas, y las que escaparon al naufragio tornaron doloridas a sus lares, ansiosas de recostarse en las tiernas blandicies de la calma.

Sorrell llegó a Londres, donde residía su familia, y en imaginación se veía ya en su casa, a la que no tardaría en llegar.

Un automóvil le conducía a ella. Iba en el imperial, contemplando con indescriptible regocijo las calles, los edificios y los seres que cruzaba, y hablaba con un compañero que estaba sentado a su lado.

—¡Qué alegría volver al hogar de nuestro amor!—exclamó de pronto el compañero.

Sorrell sonrió y repuso:

—¡Oh, sí, qué alegría!! Y más para mí, pues voy a sorprender a mi mujer y a mi hijo, a quienes no anuncié mi llegada.

Siguió a esas palabras un corto silencio, y luego Sorrell, levantándose prestamente, alargó su mano diestra al compañero y se despidió cariñosamente de él. ¡Había llegado a destino!!

Precipitose por la escalerilla del imperial y ya en la plataforma del coche esperó a que éste se detuviese en el punto de parada que era el suyo, y apeóse, mirando sin cesar en dirección a su casa, cuya fachada distinguiera desde el vehículo.

¡Qué emoción sentía al aproximarse a su hogar!

Al alcanzarlo empujó la puerta y sus miradas, que parecían querer horadar los muros para descubrir antes a los amados seres, tropezaron en las de la criada.

¡Cómo se sorprendió la fámula!

Sorrell atribuyó el asombro de la sirvienta a su brusca reaparición, pero su extraño temblor le desconcertó.

—¿Y la señora?—preguntóle.

Por momentos más agitada, la criada respondió, retrocediendo, como si rehuyera su contacto:

—La señora... no... no esperaba a usted.

Pensó Sorrell que su esposa estaría todavía en la cama y subió de cuatro en cuatro las escaleras que conducían a las habitaciones superiores, en tanto que la doméstica corría a esconderse en su cuarto.

Sorrell, ágil como un chiquillo, encontróse en un abrir y cerrar de ojos ante la puerta de la habitación conyugal y la franqueó con cierta brusquedad, tan immoderada era su ansia de estrechar a su mujer entre sus brazos.

Apenas traspuesto el umbral de la tibia cámara, Sorrell dió un grito de júbilo:

—¡Dora!

Esta, la esposa amada, clavó con dureza sus desorbitados y bellos ojos en Sorrell, y en lugar de arrojarle en sus brazos, que se le ofrecían con pasión, dejó caer pesadamente estas palabras:

—¿Por qué no me comunicaste tu regreso?

Sorrell, sin saber lo que le ocurría, quedó clavado junto a la puerta, que volvió a cerrar, y observaba, presa de dolorosas dudas, a su mujer.

Dora estaba atareadísima llenando una maleta, como si se preparara a salir de viaje y no dispusiera de mucho tiempo para liar su equipaje.

Nerviosa ante la inesperada rápida vuelta de Sorrell, Dora cerró la maleta y, habiendo reaccionado al punto con extraordinaria sangre fría, explicó lo que estaba haciendo: ¡huía del hogar!

—¿Pero estoy soñando?—dijo el capitán, aterrado.

Ella repuso con pasmosa tranquilidad, como la cosa más natural del mundo:

—De saber que volvías, te hubiese ahorrado este trance, Esteban.

—Pero, Dora... ¿qué estás diciendo? ¡Esto no es posible!

—Me dejaste sola mucho tiempo... Conocí la miseria... ¡No podía sufrir más!

—Escucha, mujer... Ya estoy aquí de nuevo... Volveremos a ser felices... Sosiégate, Dora...

—Es inútil, Esteban... Me marcho... Es cosa decidida... ¡Dejo esta casa para siempre!

—¿Que te vas? ¿Qué me abandonas? ¡Espera! ¡No te irás sin que medie entre nosotros una explicación! ¡Yo no consiento en que te vayas!!

—Déjame salir libremente, Esteban. He encontrado un hombre que me dará la felicidad a que tengo derecho.

Esta revelación se clavó cual envenenado puñal en el corazón de Sorrell.

¿Entonces Dora era perjura?

Más asqueado que afligido, el caballero apartóse de la puerta y cedióle el paso franco.

Dora no vaciló y desapareció de su presencia.

Tambaleándose bajo los rudos efectos de la grotesca realidad, Sorrell acercóse a la ventana, para gozarse aún en el dolor de la fuga de la que fué adorada compañera, y vió con repugnancia como subía a un auto al pie del cual la esperaba un hombre, "el hombre que le daría la felicidad a que tenía derecho".

¿Era éste el remate que la paz destinaba al calvario de la guerra?

¡Mundo de miserias!

¿Y para eso había sobrevivido a la locura universal?

Pero de pronto Sorrell se recobró y correspondió con el olvido inmediato a la traición de la ingrata, para no pensar más que en su hijo. ¿Dónde estaba su Cristóbal? ¡Ah! ¡Este sí que era un tesoro que nadie podría arrebatarle!

Sin embargo, asaltándole el temor de que Dora

lo hubiese sacado de la casa antes de su partida, para llevárselo a vivir con ella, Sorrell lanzóse a la habitación del niño...

¡Gracias, Señor! Cristóbal dormía aún y parecía un ángel. Por más que trató de no despertarle, Sorrell no pudo reprimir el deseo de acariciarlo, y el niño abrió los ojos, asombrándose al ver inclinado hacia él a su idolatrado padre.

Y los ojos, y los labios, y las manos; todo su cuerpo latió al unísono ante el arrogante militar; y gritó, completamente desprecizado:

—¡Paparrriño!

Sorrell, como si él también se despertase, pero en lugar de un sueño tranquilo como el del niño, de una horrible pesadilla, abrió sus brazos y apretó en ellos, con frenesí, a Cristóbal, besándole como su hijo le besaba: con el alma.

Largo rato duró la mutua demostración de su inmenso cariño, y, de súbito, Sorrell detuvo sus ímpetus afectuosos y permaneció gravemente pensativo.

Cristóbal, extrañado de la repentina tristeza de su padre, le acarició las manos, estrechándoselas entre sus manecitas, y le preguntó, inquieto como una persona mayor:

—¿Qué te pasa, mi papín? ¿Ya no te alegras de verme? ¡Tan contento como yo estoy!

Sonriendo con melancolía, Sorrell posó sus labios en sus miradas para que éstas no cesaran de besar a su hijo, y repuso:

—¿No he de alegrarme, hijo mío? Es que pensaba...

Pensaba en la injusticia cometida por la madre de la inocente criatura y también en la necesidad que ésta tenía de sus ternuras... Pero dejando para más tarde, cuando él preguntase por ella, el tratar de la deserción de la insensata, se limitó a decir otra verdad:

—...pensaba en mi empleo.

En efecto, careciendo de recursos para perma-

necer inactivo siquiera unos días, le era de suma urgencia reintegrarse al trabajo abandonado al partir para la guerra.

—Pues no te preocupes por tan poca cosa—le animó Cristóbal—. Estoy más que seguro que tan pronto como te presentes ante el director, te vuelva a tomar con mucha alegría. Anda, riéte, papá.

Sorrell había llegado a considerarse solo al ver huir a la infiel esposa; pero ante su hijito, su otro yo, el yo que hace reaccionar a los vencidos, el que anima, consuela y promete, avergonzándose incluso de haberle valorado en menor cantidad que la indigna esposa, cuando él era lo más sagrado, lo más grande que él tenía en el mundo.

—¡Su hijo!

—¡Ah! ¡Cómo iba a quererle! ¡Más, mucho más que siempre, si esto era posible ya! Todos sus afanes se dirigirían a él, para él y por él. En adelante, la misión de ser a la vez padre y madre de su hijito, le daría fuerzas extraordinarias para lograr hacer de él un hombre en toda la acepción de la palabra.

—¡Su hijo!

—¡Alma de su alma!

Y contento, muy contento de imponerse tan gran responsabilidad, Sorrell, asíéndose a su niño como áncora salvadora, a punto de ahogarse, cubrió su rostro, simpático y picarón, de delirantes besos.

—¡Qué escena para un artista!

—¿Faltaba en ella la madre?

—¡No!

—Perdón, madrecitas. Faltaba una madre, sí, pero no Dora. Esta no merecía ver las lágrimas de amargura y felicidad que simultáneamente vertía Sorrell, ni tan sólo recibir los mimos de Cristóbal.

* * *

Apenas trocado su uniforme militar, con el que tanto le admiraba Cristóbal, no cansándose de contemplar la gloriosa insignia de la Cruz Militar, por el traje civil, que consistía, de acuerdo con sus aristocráticas maneras y su empleo de antes de la guerra, en una levita, pantalón de corte, chistera, bastón y guantes, como un perfecto *gentleman*, Sorrell se dirigió a los grandes almacenes de novedades en que prestara sus servicios, para entrevistarse con el director de aquéllos y tratar de su reingreso.

Le recibió una antigua empleada de las oficinas, que le conocía y le estimaba; y ella fué quien entregó al director la tarjeta de visita que Sorrell le diera.

—¿Quién es ese caballero?—inquirió el director después de leer con indiferencia el nombre impreso en la cartulina.

—Antes de la guerra dirigí la sección de ventas durante ocho años—manifestó la empleada, abogando en favor de Sorrell.

—No interesa. Hace mucho tiempo que se cubrió su vacante. Dígale que lo siento y que le deseo mejor suerte.

La empleada trasladó, compungida, la desagradable respuesta a Sorrell, no ocultándole la pena que le producía su inmerecido fracaso, por cuanto recordaba que el ex compañero de trabajo había sido modelo de empleados y ejemplo de jefes.

El capitán, el héroe, sonrió con abatimiento. Este era otro desengaño con el que no podía contar.

Agradeció la simpatía que le profesaba la em-

pleada y después de estrecharle con buena amistad la mano distancióse lentamente de ella, cual si pusiera plomos a sus pies la meditación a que le conducía el nuevo desdén de que era objeto.

Y sucedió que, convencido de que el mundo no valoraba sus hazañas guerreras, pues cada día añadíase una piedra más a la tumba de sus esperanzas, Sorrell, verdaderamente apurado de fondos, confió a la suerte la obtención de un empleo decoroso.

Sus múltiples gestiones dieron como resultado el recibo de la siguiente carta:

John Verity
Antigüedades
Staunton

Febrero 5, 1919

Capitán Esteban Sorrell
24 Pelham Crescent

Londres

Muy señor mío: Mis relaciones con la Asociación de ex oficiales me permiten ofrecer a usted el puesto de encargado de ventas en mi tienda de Staunton

Le saluda atentamente,

John Verity.

Inútil decir que no titubeó en trasladarse con Cristóbal a Staunton para aceptar el empleo ofrecido.

En el tren, camino de aquella población, padre e hijo hablaban como dos excelentes camaradas.

—En estos tiempos, querido Cristóbal, no hay nada como trabajar en una casa de antigüedades.

El niño asintió. Lo que hiciera su padre no podía estar mejor hecho.

—El caso es trabajar, ¿verdad, papá?

—Sí, hijo mío: trabajar; ganar dinero para ti y para mí, ya que no es posible vivir sin él.

Llegados a la estación de Staunton, un mozo

acercóse a ellos y se hizo cargo del equipaje.

—Hágalo llevar a casa del anticuario señor Verity—díjole Sorrell.

Poco después, el ex capitán llamaba a la puerta de la tienda de antigüedades, no dejándole de extrañar que estuviera cerrada a aquella hora.

Apareció una mujer enlutada.

—¿Qué desea usted, caballero?

—El señor Verity me ha solicitado para un empleo.

La mujer movió dolorosamente la cabeza y replicó:

—Por desgracia llega usted tarde: el señor Verity murió esta mañana.

El rostro de Sorrell se contrajo en una mueca de viva contrariedad.

—¡Con las esperanzas que yo fundé en esto!... He venido expresamente de Londres. En fin... acepten mi sincero pésame.

¿Esto más? ¿Es que todo se conjuraba contra él?

Anonadado, empezando a creerse irremediablemente víctima de la fatalidad, contra la cual no hay voluntad posible, Sorrell echó a andar como un autómatas hacia el banco circular de una plazaleta donde, bajo la caricia de tres frondosos árboles, le estaba aguardando Cristóbal.

El alegre rostro del pequeño ensombrecióse al ver el desaliento que reflejaba el de su padre.

Este sentóse mudamente a su lado y Cristóbal, respetando su silencio, se le quedó mirando, como invitándole a vaciar su amargor.

Al fin pudo decir Sorrell:

—En Staunton no hay nada para mí... Ni el anticuario existe ya.

Pronunció esas palabras con tanta desolación, que Cristóbal, con un gran sentido de la benéfica influencia que ejerce un corazón amigo en un corazón amargado, no pudo menos de salir al paso de su dolor, para atajarlo.

Apresó un brazo de su padre con sus manos, y le dijo:

—Hay que tomar las cosas con calma, papaíto.

Sorrell observó a su hijo y atenuada la abrumadora realidad por la encantadora ingenuidad del niño, desechó sus temores y siguió su buen consejo: seguiría esperando.

Alquilaron un cuarto en una modesta pensión, y transcurrieron unos días.

Para Cristóbal, la vida tenía el encanto de una aventura que se inicia; para el padre era una lucha fatigosa, pero irrenunciable.

La situación tanto moral como material se había hecho extremadamente crítica, pronto Sarrell llegaría a la desesperación.

Sentado alrededor de una mesita con su hijo, la única luz en su tenebroso camino de aceradas zarzas, vació sobre el tapete el contenido de su monedero de bolsillo; y contando las escasas monedas pronunció:

—No hay ni para los billetes de vuelta a Londres.

Cristóbal miró alternativamente a su padre y las monedas, y calló. Comprendía que lo que decía su progenitor era grave, pero, sin embargo, no se apuraba. Todo se arreglaría. ¿Por qué no había de arreglarse, si su papá era tan admirable bajo todos los conceptos?

De pronto Sorrell fijóse en los gemelos que brillaban en sus niveos puños, y exclamó:

—Los venderé, Cristóbal. Son buenos, y como necesitamos dinero y no puedo seguir manteniendo las apariencias...

Y añadió, mirándose a los ojos de su hijito, que le contemplaban con arrobó:

—Desde ahora te lo diré todo. Ya no habrá secretos para ti.

Cristóbal palmoteó, y levantándose de su silla fué a premiar con un fuerte beso la confianza que le demostraba su padre; y contestó:

—Eso; que no haya secretos.

Sorrell había estado leyendo los anuncios de un periódico y, recortando un cuadro de las ofertas, dijo:

—Aquí hay una agencia de colocaciones. Veré si consigo algo práctico. Necesito emplearme, sea en lo que fuere.

Sí; era preciso decidirse a todo. ¡Fuera el orgullo! ¡Fuera la vanidad! Lo importante, lo digno, era trabajar.

Haría de cualquier cosa, por miserable que fuera, siempre y cuando fuese decorosa. Los alimentos no le caerían de la Luna, y el apetito de su chico no entendía de sentimentalismos.

Peró ¿qué humillaciones debería imponerse?

Arreglóse para salir, besó a su hijo, y cuando iba a desaparecer, Cristóbal le ofreció el bastón y los guantes, que él se olvidaba; y como viera que se resistía a tomarlos, muy oportuno, exactamente el otro yo de su padre, le animó con estas magníficas palabras:

—Aunque barras las calles, papaíto, para mí serás siempre el capitán Sorrell, Cruz Militar.

Se expresó con tanta fe, que Sorrell, emocionado, aceptó el bastón y los guantes y, muy erguido, orgulloso por el supremo bien de tener un hijo tan adorable, salió a la calle, no como un hombre vencido, acorralado por la desgracia, sino como el glorioso capitán ante el cual un día la Nación, representada por un puñado de hombres armados, le rindió honores.

¡Capitán Sorrell, levanta la frente!

¡Paso al héroe!

II

Sorrell encontró un empleo en la agencia, y lo aceptó sin importarle el trabajo que tuviese que hacer.

Desde la agencia dirigióse directamente y sin pérdida de momento a la casa indicada en la dirección que le entregaran en el centro de colocaciones, y no titubeó en entrar.

Era un fonducho de tres al cuarto. La exquisita elegancia del ex capitán contrastó extraordinariamente con la negrura del ambiente de aquel establecimiento, donde la limpieza no estaba, al parecer, a la orden del día.

Sorrell, firme en su noble propósito de adaptarse a las circunstancias, por su hijo, avanzó hacia un hombre, tosco y barbudo, que limpiaba unas mesas, y, después de saludarle con su habitual cortesía, le alargó una tarjeta que traía de donde lo enviaban.

El zafio camarero pasó la vista por el escrito y, asombrado, miró de arriba abajo a Sorrell, no cabiéndole en el magín que tan gallardo caballero pudiese aspirar a obtener el empleo vacante en el mesón.

Repitió el examen el buen hombre, contemplando a Sorrell con aire embobado, y al fin determinóse a tomar en serio aquella broma y, señalándole una mujer que se peinaba, muy ligera de ropa, en un cuarto del fondo del comedor, dijo:

—Tendrá usted que entenderse con mi mujer.

Y acto seguido llamó a ésta:

—¡Eh, Flora!

La aludida levantó el rostro hacia el esposo y detuvo con curiosidad sus miradas en Sorrell.

¿Quién era aquel gran señor? ¡Un cliente de paso, que deseaba pernoctar allí!

—¿Qué quieres?—respondió sin moverse.

El hombre a quien Sorrell tomara por un empleado y que era nada menos que el dueño del hostel, indicó con un gesto a aquél que fuese a hablar con Flora, y el ex capitán aproximóse a ella con la tarjeta entre dos dedos, pronta a ofrecérsela.

Flora le miró con descarada fijeza. ¡Buen tipo, a fe!

—Usted dirá...

—Yo soy... Esta tarjeta se lo dirá a usted.

Flemática, ella leyó el escrito, el cual decía así:

*La Agencia de Colocaciones de Miss Hargrave
presenta a usted al Capitán Esteban Sorrell
para ocupar el empleo disponible
en su establecimiento.*

Pero ¿era posible? ¿Todo un capitán, un elegante como aquel, mozo de hostel? ¿Qué originalidad!

Riéndose para sus adentros, pero asomándose a sus labios y a sus ojos la burla, la descocada mujer, que era de una belleza provocativa y ardiente como sus abismáticos ojos y su negrísimo pelo, comentó:

—¿Es posible que un caballero como usted acepte un empleo de criado?

Sorrell, muy respetuoso, muy digno en su humillante situación, repuso:

—¡Qué remedio! ¡Está la vida tan dura para un ex soldado!...

—Bien... bien...

—Además... tengo un hijo.

—Malo, malo... No lo traerá usted aquí... Los niños me molestan mucho.

Sorrell iba a variar de actitud al oír que se le imponía la separación de su hijo, pero sus titu-

beos fueron fugaces. Ante el temor de perder también aquella oportunidad por una exigencia más o menos, accedió a no traer consigo a Cristóbal.

Complacida, y gozándose con morboso instinto del fracaso del ex capitán, Flora, encantada de tomar a su servicio a un hombre tan distinguido y tan... interesante como Sorrell, fué clavando en él las espinas de la humillación.

—Tendrá usted que subir baúles...

—Conforme.

—...y limpiar el calzado de los huéspedes...

—De acuerdo.

—...y hacer una porción de cosas que yo le mande.

—Cumpliré con mi obligación, no le quepa la menor duda.

—Siendo así, creo que nos entenderemos. Y cuando me hable usted, me llamará "Señora".

—Desde luego... desde luego, señora.

Luchando con su dolor, Sorrell pronunció esas palabras con alegría. A todo estaba él dispuesto para quedarse con la plaza vacante.

Cerrado el trato y quedando en empezar sus funciones de criado al día siguiente, marchóse Sorrell, y Flora, maravillada ante aquella original aventura, quedó riéndose groseramente.

Cristóbal esperaba el regreso de su padre sentado junto a la ventana desde la que se divisaba la calle. Al verle llegar corrió a abrirle la puerta y le echó los brazos al cuello.

—¿Qué, has tenido suerte?

Sorrell dejó la chistera, el bastón y los guantes encima de una silla, y abrazado a su pequeño sentóse frente a la mesita de la habitación cabalgando al niño sobre sus rodillas; y, melancólico, murmuró:

—Bueno, hijito... Tendré que buscarte un internado aquí, en Staunton.

—¿Vas a separarme de tu lado, papá?

—Sí, Cristóbal... No puedes venir conmigo... Entro de mozo en la Fonda del Ancora.

El niño sintió deseos de llorar, pero ¡oh, prodigio!, ¡oh, milagro del cariño! supe dominar su pena, y, risueño, contestó:

—No nos desanimemos, paparrño. Tú vendrás a verme a menudo, ¿verdad?

Por toda respuesta, Sorrell se apretó contra el gran corazón de su pequeño, y esta vez sí que Cristóbal no pudo menos de aliviarse dejando correr libremente gruesos lagrimones.

* * *

En su papel de criado, Sorrell estaba tan admirable como en cualquiera de sus anteriores papeles.

Hombre de conciencia, acataba todas las disciplinas por igual. Su sabio lema era inalterable.

Aquel día cumplíase la primera semana de su empleo en el fonducho.

Era ya avanzada la noche y todavía no se había dado el más ligero descanso.

Flora apareció en el marco de su cuarto, situado al final de una corta escalerilla, y contemplando a Sorrell limpiando las mesas, le dijo, soberbia en su poder de dueña:

—Es la hora de cerrar.

Acató Sorrell la orden, empezando a cerrar puertas y ventanas, y Flora se encargó personalmente de meter en la calle a los últimos clientes, que parecían pegados a sus respectivas sillas.

Cerrada ya la puerta principal, Flora encargó a Sorrell:

—Ayude a subir a ese borracho.

Se refería a su marido, quien, en efecto, no podía tenerse en pie por sí solo.

Y mientras ella iba a su cuarto, Sorrell acercóse al beodo para conducirlo al suyo.

El ebrio, agradecido al nuevo mozo por sus bondades, le habló como a un hermano, aprovechando un momento de luz entre los densos vapores de su alcoholismo:

—Huya de las mujeres, Esteban... De hombres más fuertes que usted hacen una ruina.

—Sí, sí... ya sé... pero hay que saber dominarse, patrón. Vamos a dormir, vamos... El sueño es el mejor bálsamo para algunos..

—Para mí ya no hay salvación, amigo. ¡Ya ve usted en lo que me ha convertido una mujer!

—Bueno, bueno; no se ponga usted trágico, que no va a salir ganando con ello.

El beodo se encogió de hombros y dejóse conducir como un chiquillo cansado al lecho; y colocado ya en éste, Sorrell salió de la habitación, encaminándose a la suya.

Pero Flora había estado observando al ex capitán, y le salió al paso, cubierto su bello cuerpo tan sólo con una vaporosa bata sobre una tenue camisa...

—Le buscaba a usted, Esteban—le dijo—. Mucho le costó acostar al viejo.

—Sin embargo, señora...

—Limpie usted inmediatamente el espejo de mi cuarto.

—Permítame que vaya a por el paño y el agua.

Desapareció Sorrell, y en tanto Flora, contemplándose voluptuosamente al espejo, hacía a éste confidencia de sus ansias con el arrogante criado.

Al reaparecer Sorrell vió a Flora pintándose los labios, y apartó su vista de ella, e hizo ruido para darle tiempo, con el aviso de su presencia, a cubrirse el exagerado escote.

Mas Flora, que estaba resuelta aquella noche a conquistar a Sorrell, apartóse tranquilamente del espejo, sin preocuparse de abrocharse la bata, dejando en completa libertad sus ebúrneas piernas,

y fué a tumbarse en su lecho, con un descoco rayano en franca invitación...

Mordió un cigarillo, y dijo a Sorrell, que estaba subido a una escalerilla de madera para limpiar mejor el borde superior del espejo:

—¿Verdad que esto es un poco distinto de la guerra, capitán Sorrell?

—Un poco, señora; pero... en la guerra como en la guerra...

—Buen temple tiene usted, justo es reconocerlo.

Sorrell veía en el espejo cuanto hacía Flora en el lecho, y esforzabase, violentamente, en apartar sus ojos del cristal, pues sentía sobre sí las lujuriantes miradas de la peligrosa mujer.

Flora extremaba cada vez más sus gestos sensuales, y dejando el cigarrillo que estaba mordiendo, llamó a Sorrell.

Sorrell se acercó a la cama.

Flora sacóse entonces del escote un sobre y se lo entregó.

Era su primer salario: 2 libras esterlinas y 10 chelines.

—Gracias, señora—dijo Sorrell, con una triste sonrisa.

—Bien ganado lo tiene usted.

Sorrell iba a proseguir la limpieza del espejo, cuando Flora le detuvo cariñosamente.

—¿Quiere usted darme un cigarrillo de esa medida?

Se lo dió, es decir, acatando una seña de ella, se lo puso en los labios.

—¿Quiere usted encendérmelo?

Lo hizo, y al retirar la mano, ella la cogió entre las suyas y le murmuró, desenmascarándose definitivamente:

—Trabaja usted demasiado, Esteban... Y está en su mano hacerse más fácil la vida.

—Señora...

—Si usted quisiera...

La belleza liviana turbó unos instantes a So-

rell, pero escudándose presto tras de su immaculada dignidad, rechazó a la adúltera discretamente y salió de su habitación con paso firme y sereno.

Y ante aquel desdén a su gran pasión, Flora vomitó, sola con su desesperación, improperios de mujer despreciable contra aquel hombre cuyo orgullo incomparable ella no llegaría a comprender nunca.

III

A la Fonda del Ancora llegó un viajero que inquiría datos sobre los hoteles, con vistas a posibles compras.

Sorrell le acompañó a la habitación que Flora le hizo destinar, y su perfecta educación llamó poderosamente la atención del recién venido.

El forastero examinó las ropas de la cama, y al hacerlo con las toallas del lavabo, hizo un movimiento de cabeza significativo de contrariedad. Sorrell se dió cuenta de ello y quitando las toallas se apresuró a decir:

—Disculpe alguna falta, señor; pero hoy es día de salida de la camarera.

La disculpa era buena, pero no era cierta, por cuanto en el fonducho no había más mozo ni más camarero que Sorrell, que debía multiplicarse, así, tal como suena, para acudir a todas partes.

El viajero echó de ver que aquel hombre ya maduro era un excelente empleado y un negro trabajando, y sin que él lo advirtiese lo observaba con simpatía.

El trabajo que pesaba sobre Sorrell era tanto, que sólo una hora, una vez por semana, se liberaba de él, y su hijo de la escuela, para ir a pasear juntos y contarse mutuamente las muchas

cosas de que habían hecho acopio desde la última entrevista.

Para respirar mejores aires que en la población, iban al campo, se sentaban en la hierba y platicaban y se daban ánimos.

Pero, aquel día, Cristóbal encontró a su padre envejecido y, apenado, le preguntó:

—Estás cansado... ¿Por qué trabajas tanto, papá?

Sorrell ahogó un suspiro y replicó jovial:

—Lo exige mi empleo, Cristóbal.. Y como lo hago por ti, no me pesa.

En aquellos momentos, cuando ellos se disponían a emprender el regreso al pueblo, para dejar Sorrell a su hijo en el pensionado y reintegrarse él al trabajo, vieron llegar hacia ellos al viajero, jinete en magnífico caballo.

El criado saludó al cliente, y éste, apeándose de su montura y después de corresponder al saludo de Sorrell, acarició al niño y preguntó al padre:

—¿Es hijo de usted?

—Sí, señor; es mi querido hijo.

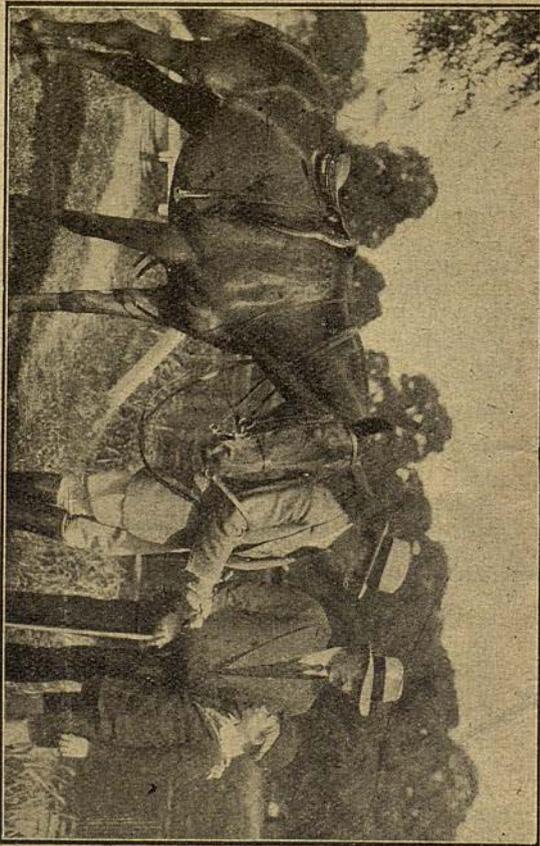
El viajero, señor Roland, miró a padre e hijo, y dándole una afectuosa palmada en el hombro, dijo al primero, con admiración:

—Todo se explica ahora.

¡Qué bellas palabras!

“Todo se explicaba” al ver a Cristóbal junto a su padre. Este sufría humillación tras humillación en la fonda para que a su hijo no le faltase nada. El viajero había tenido ocasión de ver ciertas cosas y no podía comprender por qué las toleraba tan sumisamente el valioso criado. Perc, ahora, la revelación de que aquel hombre tenía un hijo lo aclaraba todo. Sorrell era un caso, todo un caso digno del mayor de los respetos y de la admiración mayor.

Como era la hora de regreso y no era caso de provocar la indignación de Flora con su tardan-



za, pues no estaba el horno para bollos, como vulgarmente se dice, Sorrell indicó al señor Roland que, aunque lamentándolo mucho, tenía que separarse de él, y éste, montando a Cristóbal en el caballo, contestó al ex capitán:

—Voy con ustedes. Al niño le gustará seguramente el paseito a caballo.

—¡Ya lo creo!—exclamó Cristóbal tirando majestuosamente de las riendas del cuadrúpedo.

* * *

Desde aquella noche en que fuera desdeñada por él, Flora se complacía en atormentar a Sorrell, aumentándole el trabajo y tratándole con dureza propia de seres sin entrañas.

Al final del trajín de aquel día, Flora le ordenó que, en lugar de dejarlo para el día siguiente, fregase, además de la vajilla, los suelos antes de irse a dormir, empezando por los suelos.

Sorrell, temiendo el despido por parte de la rencorosa pecadora, era aún más sumiso y obedeció sin hacer la menor objeción.

Cuando tenía ya a medio fregar los suelos, Flora, agresiva, buscó de nuevo guerra, aprovechando un momento de distracción de Sorrell, quien, suspendiendo irresistiblemente su trabajo al oír tocar al piano por el señor Roland una romanza que le recordaba sueños de otros tiempos, escuchaba embelesado las dulces notas que lo remontaban a alturas de las que había caído...

—A este paso, quemaremos luz hasta que salga otra vez el sol. Ha cambiado usted mucho de unos días a esta parte, y esto no puede continuar así.

—Pero, señora...

El señor Roland suspendió la música y asistía

desde el saloncito donde estaba el piano, a la desagradable escena en que el calvario de un santo llegaba a la crucifixión moral.

—No hay señora que valga—le atajó Flora, furiosa, odiando al hombre que la había repudiado—. ¿Por qué no ha lavado usted todavía la vajilla? ¿Le parece a usted bien que el mostrador esté así, con vasos, platos y botellas en diabólico *pêle-mêle*.

Aquella gata herida mostraba sus uñas despiadadamente, pronta a hundirlas en la carne del infeliz. Y en un acceso de furor rompió contra el suelo varios vasos.

Sorrell incorporóse y respondióle, uniendo la lamentación al reproche:

—No puedo hacerlo todo a un tiempo, señora.

Poniéndose en jarras, Flora le espetó:

—Creo que este cargo no es bastante bueno para usted.

—Pero...

Y luego, quemándole con sus miradas, terminó:

—Convendría que encontrase algo más adecuado a un caballero.

Sorrell curvó la cabeza sobre su pecho, bajo el peso de la fatalidad, que parecía haberse convertido en su inseparable compañera.

Flora, airada, toda a su afán de venganza, encerróse en su cámara.

Sorrell, despedido, quedó anonadado pensando en su hijo. No podía permanecer ni un día más en aquella casa donde sólo la indignidad podía asegurarle un buen empleo... No le quedaba otra solución que ir nuevamente a *mendigar* una colocación.

El señor Roland, testigo presencial del injusto despido, acercóse a Sorrell y, frente a frente los dos caballeros, le habló de esta suerte, compartiendo su tribulación:

—Parece que no es muy benévolo el mundo para los viejos soldados.

—Es cierto, señor...

—¿Qué graduación tenía usted?

—Capitán, señor.

—¡Ah! Pero yo tuve más suerte; llegué a coronel.

Instintivamente, Sorrell llevóse la mano a la altura de la frente y saludó al que era su superior jerárquico.

Luego, al disponerse a llevar unas botellas a la bodega, el señor Roland le detuvo y le preguntó, además:

—¿Alguna condecoración?

Con la sencillez que imperaba en todos sus actos, Sorrell contestó:

—La Cruz Militar, señor.

A su vez, el ex coronel irguióse ante el héroe, en tanto que éste, fiel cumplidor de su deber hasta el último momento, proseguía su trabajo, para terminarlo aquella noche.

Unos minutos después, y como consecuencia de las meditaciones a que se entregó, el señor Roland detuvo por tercera vez a Sorrell y le dijo:

—Yo soy dueño del Hotel Pelicano, en Wintonbury... ¿Aceptaría usted allí el cargo de portero segundo?

—Gracias, señor.

—El de portero principal lo di a un ex sargento que me salvó la vida en Yprés. ¿No le importaría a usted ser su ayudante?

—Estaré encantado de serlo, señor... y nunca se lo agradeceré a usted bastante.

—¿De acuerdo, pues?

—A sus órdenes, señor Roland.

Y los dos ex oficiales se estrecharon la mano como dos amigos, como dos perfectos caballeros.

* * *

El Hotel Pelicano era un lujoso establecimiento balneario concurrido por lo más selecto de la sociedad inglesa y por infinidad de extranjeros.

Un espléndido parque rodeaba el edificio, y a la belleza de la exuberante vegetación añadíase el encanto de la más artística disposición.

La servidumbre de ambos sexos era numerosa y vestía con gusto tan impecable como lo eran sus modales con la selecta clientela.

Sorrell tomó posesión de su cargo de mil amores, con el doble contento de prosperar y de tener a su lado a Cristóbal, a quien el señor Roland había permitido que fuese con su padre, destinándoles unas habitaciones en el piso alto para que vivieran juntos.

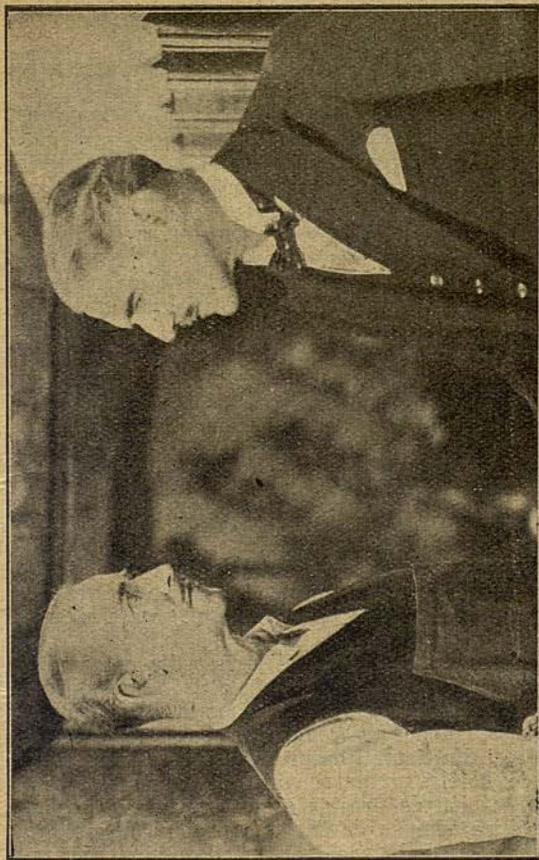
Claro que no era tampoco el empleo de portero segundo el cargo que los merecimientos de Sorrell reclamaban, pero el hombre modelo estaba muy satisfecho de su nuevo destino y se entregaba, resignadamente, a la esperanza de que llegasen tiempos mejores.

Huelga decir que cumplía su cometido a la perfección, quedando absolutamente complacidos los clientes por su urbanidad y distinción, que revelaba, aun bajo la gorra y la librea de criado, la aristocracia de su espíritu.

El señor Roland no podía menos de felicitarse de haber tomado al servicio del hotel a un hombre de tan altas cualidades morales, y su admiración y simpatía por él se ampliaban más cada día.

Y era que Sorrell era un señor que sabía ser criado, causando agradable contraste ambas condiciones hermanadas.

Pero la sincera estimación del señor Roland no corría parejas con el sentimiento que el ex capitán inspiraba al portero principal, un tal Buck,



— ¿De acuerdo, pues?

un bruto visto por fuera, y más bruto todavía visto por dentro.

El único mérito de Buck—y aun éste era muy relativo, porque la casualidad suele ser la ejecutora de muchas hazañas—para desempeñar el importante e interesante cargo de portero principal del gran hotel, era haber salvado la vida al señor Roland en Francia durante la guerra. Aparte de este, no tenía otro, pues allí no había necesidad de un salvaje para echar a la calle a los malos pagadores o a los escandalosos.

Sorrell, acostumbrado a tratar con los hombres, vió en seguida quién era Buck, y, como era inferior en empleo a él, encaminó todos sus esfuerzos a captarse su simpatía y merecer su consideración, para vivir al menos en completa armonía.

Inútiles pretensiones, baldíos afanes: Buck, considerando a su vez superior a él a Sorrell, y celoso del afectuoso trato que le dispensaban el señor Roland y la mayoría de los clientes, le miró con odio desde el primer momento y no perdía ocasión de hacerle sentir despiadadamente el peso de su autoridad de jefe.

Estaba visto que en el camino de Sorrell tenía que haber siempre un escollo difícil de vencer, unos abrojos donde lentamente se fuera desgarrando su alma.

La prudencia de Sorrell le impedía enterar al señor Roland de cuanto hacía con él Buck, prefiriendo aguardar a que triunfase la persuasión a que él apelaría para congraciarse con el bruto.

Aquel día Sorrell despedía al pie de las escaleras del hotel a un matrimonio que partía y a quien tuvo ocasión de prestar algún servicio. El caballero hizo ademán de dar una propina al portero segundo, y, habiéndolo observado, Buck apresuróse a ir a desearles un buen viaje, indicando antes a Sorrell, de modo imuerativo, que entrase en el hotel.

El cliente ofreció al portero principal, creyén-

dole Sorrell, la propina que éste tenía merecida, y al ver que era Busk, manifestó su extrañeza, buscando a aquél con la mirada.

Buck, sonriendo hipócritamente, dijo con rapidez:

—Descuide, señor... Siempre comparto las propinas con mi ayudante.

A decir verdad, no quedaron muy convencidos los clientes, pero dejaron en manos de Buck la propina y se alejaron en el *auto*, en vista de que Sorrell no reaparecía.

Y todo esto, es decir, la consideración general de que gozaba el ex capitán, irritaba al ex sargento, llevándole al afán de hacerle la vida imposible en el hotel.

Cuando Buck fué a reintegrarse detrás del mostrador de la administración, Sorrell le dijo, viendo que su jefe se hacía el sueco:

—Qué, Buck, ¿me da usted mi parte de esa propina?

—¿Qué propina?—repuso el cafre.

—La servidumbre del comedor hace con las propinas un fondo común. Lo mismo deberíamos hacer nosotros.

—No insista. Yo no parto con nadie lo que es mío.

—Si usted entiende que esa propina le pertenece...

—¡Naturalmente!

—Bien, bien...

Por Buck, Sorrell habría dejado el puesto; pero le contenían el amor de su hijo y la afectuosa comprensión de Fanny Garland, el ama de llaves.

Fanny era una hermosa mujer de vida retraída, cuyas únicas alegrías eran su trabajo y la felicidad de su madre, la cual le procuraba con su conducta digna de una hermana de la caridad.

Sorrell simpatizó en seguida con ella, por su bondad reflejada en su rostro en que la alegría tenía tonalidades enfermizas, de ser que se con-

sume en el anhelo insatisfecho de una ilusión...

Acaso fué por esa afinidad de almas que el ex capitán y el ama de llaves se sintieron atraídos uno a otro.

Fanny oyó las rudas réplicas de Buck a las justas palabras de Sorrell y de su pecho se escapó un profundo suspiro de ternura hacia el segundo. ¡Miserable Buck! ¡Si el señor Roland le conociera a fondo!

En tanto, en un rincón del parque del hotel, el patrón contemplaba cómo jugaban al croquet su hijita Mary y Cristóbal. Ambos niños, que tenían más o menos la misma edad, pasaban muchos ratos juntos, y Cristóbal gozaba como nunca con la niña gentil, que era la primera compañera de juego que había encontrado en su vida.

Pero Mary era orgullosita, y porque papá era rico no podía sufrir que Cristóbal, el hijo del portero segundo, impusiera en el juego ni en ningún otro terreno su voluntad, y exigía que acatara siempre la suya.

Consecuencia de la soberbia de Mary, ocurrió aquel día entre ellos un incidente que hubiera podido tener graves consecuencias. Véase la escena: Mary quería aprovechar una jugada fácil que correspondía a Cristóbal. Este se negó a cedérsela y la hizo hábilmente. Entonces Mary, dejándose llevar de la cólera, descargó, sin saber lo que hacía, su mazo en la cabeza de su amiguito. Cristóbal cayó al suelo, donde quedó sin sentido tras de pronunciar, como un lejano gemido, el dulce nombre de su padre. Inmediatamente, y con la consiguiente alarma, el señor Roland cogió en sus brazos al niño y lo condujo a sus habitaciones particulares. En éstas le curó la herida, que afortunadamente era leve, y, secundado por su hijita, retornó al muchacho. Luego, enojado con ella y para corregirla, el señor Roland riñó severamente a Mary. Pero Cristóbal era bueno como su padre, y no pudiendo asistir impasible al ser-

aplastado.

Buck veía al fin lograda su victoria, pues no dudaba que Sorrell no podría subir el baúl y esperaba verle rodar por las escaleras como un tráxico pelele.

¿Quién vencería a quién?

¿Lograrían su crimen los celos de la ignorancia?

IV

Para accionar más libremente Sorrell despojóse de su librea y empezó de nuevo la tentativa de vencer en la penosa obligación.

Sus fuerzas, a decir verdad, debilitado su organismo por las amarguras y desengaños, eran escasas, y, además, poco ejercitadas a emplearse a fondo.

Sin embargo, aunque Buck creía inminente la caída del ex capitán, éste, con un tesón increíble, logró ir subiendo las escaleras.

Fanny, que le vió tan horriblemente cargado, quedóse mirando con infinita piedad y le siguió, presa de temores y deseando ardientemente poderle ayudar.

Buck, que seguía también a Sorrell, dijo a la gentil ama, al encontrarse a su altura:

—Esta noche, Fanny, iré a hacer a usted una visitita.

Y mostró, al sonreír, la doble hilera de sus repugnantes dientes.

—Déjeme usted en paz—respondió, ofendida, ella.

Y mientras Fanny, apresuradamente, huía de él, encontrándose en un santiamén en el primer piso, para lo cual se adelantó a Sorrell, que sufría horrorosamente bajo el terrible peso, Buck, viendo que su segundo no iba tampoco aquella vez

a darle el gusto de verle caer aparatosamente, para comprometerlo delante del señor Roland, regresaba a su puesto, pensando en aprovechar otra ocasión para ello y en la visita que le había anunciado a Fanny, de la que estaba enamorado, enamorado en el sentido más pecaminoso de todos los sentidos.

Como se ve, Sorrell y Fanny eran víctimas del hipócrita portero principal, aquél porque inspiraba recelos al ignorante, y ella porque le gustaba como todas las sirvientas del hotel juntas.

¡Pobre de Sorrell si Buck se hubiese enterado de que Fanny le prefería a él!

Sorrell seguía subiendo los peldaños, que aunque no eran muchos se le antojaban a él interminables.

Gruesas gotas de sudor resbalaban desde su frente por sus curtidas mejillas.

Los hilos de plata de sus sienes brillaban bajo el rocío de la más atroz de las angustias.

De pronto el héroe no pudo más y al intentar detenerse y apoyar el baúl en uno de los escalones, sus energías le traicionaron y cayó, viniéndole encima el baúl, sobre el vientre.

Fanny ahogó un grito de dolor, y Sorrell, a pesar del suyo, tragóse sus gemidos y con fiereza de león acorralado trataba de librarse de la trágica situación.

¡Señor, piedad! ¡Si le viera ahora alguien, cómo se reiría de él!

Pero, por fortuna, no tuvo más testigo que Fanny, quien, concentrando todas sus fuerzas, se dispuso a ayudarle, y gracias a ella pudo Sorrell incorporarse.

—Gracias, gracias...—murmuró Sorrell—. Pero, por Dios, no se moleste. Ya me ingeniaré yo para manejarlo solo.

—Es una temeridad, Esteban. Un peso como éste no puede soportarlo un hombre solo. Buck no tiene alma. Déjeme que le ayude un poco—

dijo Fanny, sin soltar una de las asas del baúl. Y así, con el noble esfuerzo de Fanny, pudo Sorrell subirlo al piso.

Pero llegó agotado y, pareciéndole que iba a caer, sentóse sobre el baúl, mientras Fanny, asustada, iba a buscarle un vaso con un tónico.

Sorrell fué recobrándose lentamente y al ofrecerle Fanny el brebaje pretendió rehusarlo.

—No es necesario, gracias... Ya pasó...

—Beba, Esteban... se lo suplico... Ha exagerado usted la nota... No debía haber aceptado subir este baúl solo.

Sorrell sorbió el tónico con verdadera sed y dijo, como para sus adentros:

—Tengo que resignarme, Fanny... ¿Y la vida de mi hijo?

—Lo comprendo, Esteban... y le compadezco... pero la crueldad de Buck merece un castigo ejemplar.

—¿Qué puedo hacer yo contra él? ¿Quejarme? No entra en mi temperamento. ¿Marcharme de aquí? No puedo. ¿Adónde ir? No cuento con recursos, Fanny.

—Es usted demasiado bueno, Esteban.

Se oyeron pasos en la escalera. Fanny se separó de Sorrell y éste, volteándolo, llevó el baúl hacia la habitación ocupada por sus dueños.

Entró, previo permiso solicitado llamando a la puerta con los nudillos, y al colocar el baúl en el centro de la habitación, junto a la señora que se hallaba en ella, levantó los ojos hacia ella, para pedirle las llaves y abrirlo, y se encontró, intensamente sorprendido, delante de su ex esposa, la egoísta Dora, transformada en una gran señora, a juzgar por las finas ropas de interior que usaba.

A su vez, Dora le reconoció, con no menos sorpresa, y, burlona, exclamó, riéndose descaradamente en tanto que él la observaba fríamente, sin salirse de su condición de criado:

—¡Tú... usted de *portero!*

Rígido, conteniendo su agitación interior, Sorrell repuso:

—¿Tiene usted las llaves, señora?

Dora, sin cesar de reírse, se las tiró, y mientras él abría el baúl, le observó con cinismo. ¿Eso era lo que la esperaba al lado de él, ser la esposa de un vulgar portero? ¡Cuán acertada estuvo abandonándole!

Sorrell hizo ademán de salir de la habitación, y cuando se hallaba cerca de la puerta ella le detuvo y preguntóle:

—¿También trabaja Cristóbal aquí?

—Su padre trabaja por él.

—¿Puedo verle?

—¡No!

—Muchas gracias. Y toma.

Le alargó unos billetes, y añadió:

—Para nuestro hijo.

—No los necesita.

—Tan orgulloso como siempre.

Sorrell le volvió la espalda y a punto de salir fué detenido de nuevo por una voz varonil.

—¡Eh, joven!

Volvióse y vió a un hombre de cierta edad, de elegante apariencia, con el rostro enjabonado, en disposición de afeitarse.

—¿Qué manda el señor?

No cabía duda que aquel era el actual compañero de la frívola mujer, pero le trató con igual consideración, desde el punto de vista de su empleo, que a los demás clientes del hotel.

—Tenga usted.

Y le arrojó con indiferencia varios pares de zapatos, suyos y de Dora, que Sorrell fué recogiendo en el cuenco del delantal que dobló a tal efecto.

Cuando no hubo más, acercóse a él y le dijo:

—A ver si los limpia usted bien y de prisa... Nos vamos en el primer tren de la mañana.

Y acompañó su recomendación con la oferta de

una propina. Sorrell vaciló en aceptarla, pero considerando que era premio de un servicio que iba a prestar en nombre de la casa, quedóse con ella y desapareció sin dignarse volver a mirar a Dora.

Al salir presencié casualmente una escena que puso en tensión todos sus nervios. Una mujer y un hombre luchaban sordamente. Ella por desasirse de él; él por empujarla hacia una habitación...

Esa pareja eran Fanny y Buck, el odioso portero principal y la bondadosa ama.

Fanny vió a Sorrell y sus ojos le imploraron auxilio. Buck soltó a Fanny y al descubrir a su segundo crispó iracundo los puños y adelantó hacia él para hacerle sentir todo su odio.

—¡Usted espiándome!—rugió—. ¡No le faltaba más que esta bajeza!

—¿Cómo se atreve usted?—repuso, colmada su paciencia, el caballero Sorrell.

—¡Fuera de mi vista, maldito!

Se oyó un golpe seco y se vió tambalearse a Sorrell hacia la escalera, por la que habría rodado, con riesgo de matarse, si en aquel momento no hubiese aparecido, como empujado por una mano oculta, el señor Roland, quien detuvo al ex capitán en el crítico instante en que iba a producirse la caída fatal.

El bruto de Buck, que no admitía más razones que sus puños, había descargado un terrible golpe en el rostro de Sorrell.

La presencia del señor Roland apaciguó aparentemente los ánimos. ¿Qué iba a ocurrir allí? ¿A quién daría la razón el dueño?

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó, severísimo, el señor Roland.

No pensando en más que en salvarse él, Buck repuso:

—Ella me invitó a venir a su cuarto, señor.

Fanny, horrorizada, gritó, dirigiéndose a Sorrell:

—¡No es cierto, Esteban, no es cierto!

¡No, no era cierto; hartó lo sabía Sorrell!

Pero ¿y el señor Roland?

Este, colocándose frente a Buck, pronunció con marcada repulsión:

—Sobras en mi casa, Buck. ¡Márchate!

El bruto quedó aterrado, y, al reaccionar, vomitó:

—¿Así me agradece usted que en Yprés le librara de la muerte?

—¡Márchate, Buck!

Y el salvaje marchó, echando sapos y culebras contra Sorrell.

Fanny lloraba. El señor Roland le dirigió cariñosas palabras, y mientras ella regresaba a su habitación, quedó con Sorrell, que recogía los zapatos que se le cayeron del delantal al agredirle Buck, y le dijo afectuosamente:

—¿Cree usted que yo ignoraba que ese bárbaro atormentaba su vida? Nada escapaba a mi observación, pero quería asegurarme más... Desde mañana, el portero principal será usted.

Sorrell iba a contestar al dueño. Mas no pudo. La emoción se lo impidió.

* * *

Cristóbal había sido mandado por el señor Roland a la escuela preparatoria, donde se sintió muy feliz alternando con distinguidos muchachos de su edad que parecía que le querían como él a ellos.

Aplicábase en los estudios, deseoso de obtener las mejores notas para que su paparrriño estuviera contento de su conducta y el señor Roland satisfecho de haberle protegido.

Los profesores veían en el niño grandes dispo-

siciones para instruirse y era uno de sus alumnos favoritos.

Sorrell sabía todo eso y todos sus esfuerzos, todas sus amarguras hallaban la más hermosa de las compensaciones con la inteligencia de su adorado vástago.

En verdad, la única misión de Sorrell en el mundo era ver logrado su afán de hacer de Cristóbal todo un hombre en cualquiera de las esferas que el niño eligiera para desenvolverse.

Esto por sí solo bastaba a fortalecer su alma en los embates de la adversidad, y su amor de padre, sublime, sin límite, y la rectitud de sus principios, habíanle ido dando, a fuerza de penas y fatigas, durante meses que fueron tan largos como años enteros, apariencia de santo, tan sereno era su rostro y tan perfecta su conducta.

En la soledad que siguió a la marcha de su hijo, Sorrell lograba disipar su melancolía con la grata compañía de Fanny, la comprensiva ama, a la que visitaba en el domicilio de la madre, aprovechando el tiempo que le dejaba libre su empleo.

Fanny encontraba amable la vida desde que Sorrell cultivaba su amistad, y si algún día de los acostumbrados faltaba él a su visita, parecía que todas las ilusiones que se había ido formando desaparecían dolorosamente para hundirla, la tristeza, de nuevo, en su dominio gris. Pero cuando Sorrell reaparecía, con él volvía la esperanza.

¿Qué sentimiento era el suyo?

¿Tendremos que decirlo?

Aquel día era de dicha para Fanny, pues Sorrell le había prometido ir a verla a su casa.

Ella le recibió con su gentileza de siempre, pero el ex capitán estaba más preocupado que de ordinario.

¿Qué le sucedía, que ella, su buena amiga, no pudiera saber?

Fanny ahondó cariñosamente en su alma y pudo arrancarle su secreto.

—Jamás creí que notaría tanto la ausencia de mi hijo.

Ella lo sospechaba. Para aquel hombre, que había consagrado su vida al porvenir de su heredero, la ausencia de éste debía de ser muy dolorosa, insoportable.

Y Fanny era demasiado buena, demasiado comprensiva, para pretender, en sus tiernas aspiraciones, que Sorrell se olvidase un poco de su hijo para pensar algo más en ella.

Lejos de tal pretensión. Al contrario, admiraba a Sorrell, loando su idolatría por Cristóbal; y le dijo, persuasiva:

—¿Por qué no va a San Benedicto a verlo?

Receloso, Sorrell respondióle:

—Temo que no sea grata la visita de un portero a esa escuela.

—Pero fuera del hotel, no es portero, sino el capitán Esteban Sorrell, del ejército inglés.

—Ese título me perteneció durante la guerra.

—Razón de más para hacerlo valer durante la paz.

—No todos saben apreciarlo, Fanny. Si todos fuesen como usted...

El ama habíase sentado a su lado y trataba de convencerle de ir a ver a su hijo.

—Piense en la alegría de su hijo al verle en la escuela. Y no digo la de usted, ¿verdad?

—¡Qué dulce es usted, Fanny!

Le cogió una mano y la llevó agradecido a sus labios. Fanny, cuya alma era hermana de la de él, obedeció también a sus sentimientos y le besó suavemente, castamente, su pelo prematuramente canoso.

Esa caricia femenina conmovió profundamente a Sorrell, quien murmuró, mirándola fijamente y con indecible bondad:

—Por Cristóbal, precisamente, no puedo aspirar a casarme Fanny.

Tampoco parecía ignorar esto el ama, pues repuso sencillamente:

—Tampoco pienso yo en el matrimonio.

Y añadió, en la bella desnudez de su alma:

—¿Pero eso es obstáculo para los sentimientos?

¿Podía haber más cariño en esta confesión?

Y Sorrell, emocionado, estrechó contra sí a la bienamada y unió sus labios a los de ella, sellando el pacto de su amor, que no necesitaba, para ser sagrado, de ningún lazo oficial.

* * *

Como capitán, no como portero, fué Sorrell a la escuela de San Benedicto.

Los niños se hallaban, cuando él llegó, jugando en el jardín de la aristocrática escuela.

Sorrell solicitó ver a su hijo, y le hicieron esperar en un salón, una de cuyas ventanas daba al citado jardín.

Los gritos de alegría, prueba de salud y bienestar de los muchachos, atrajéronle a la ventana y desde ésta los contempló sonriente, buscando entre los mismos a Cristóbal.

No tardó en descubrirlo y a duras penas pudo reprimir el llamarlo para anticiparle la sorpresa de su llegada.

Mientras un empleado iba en busca de Cristóbal, éste tenía un altercado con un compañero, del que, para su dolor, tuvo que ser testigo Sorrell.

Ante la disputa iniciada entre los dos colegiales, los demás los rodearon y dividiéronse en bandos.

De las palabras los chicos iban a pasar a los hechos, con gran regocijo por parte de los compañeros; pero, de pronto, una voz de faldete, de

la que era dueño un antipático estudiante, dijo, despectivo:

—¡Dejadle! ¿No sabéis quién en su padre! ¡Un portero!

Cristóbal recogió al punto la grave ofensa que el hijo de papá infería a su adorado deudo, y con fiereza de la que nadie podía haberle creído capaz arremetió contra el ofensor, propinándole una paliza de la que se acordaría sin duda en el resto de sus días.

Y no le hubiera dejado hasta cansarse, pero la aparición de un profesor puso fin a la pelea.

Sorrell había escuchado con hondo pesar las palabras del orgulloso colegial que consideraba denigrante el oficio de portero.

¿Cómo había podido saberse en el colegio que él era portero?

¿Quién se había encargado de enterarle de ello?

¿Acaso Buck?

¿Tendría desagradables consecuencias esta revelación hecha por un espíritu mezquino ante todos los colegiales?

Esperó con ansiedad entrevistarse con el director, y entretanto se aliviaba viendo aún, imaginariamente, la defensa que había sabido hacer de su empleo el hombrerito de su hijo.

Los compañeros que azuzaran a los dos enemigos, pusieron pies en polvorosa al ver llegar al profesor, y éste, cumpliendo la rígida disciplina, condujo a los reñidores a presencia del director, para que éste los juzgase inmediatamente e impusiera castigo al que lo mereciera.

¿Qué iba a ocurrir en el despacho del director, cuya severidad causaba pánico a los muchachos?

Cristóbal no se preocupaba. Su conciencia estaba muy tranquila. Si había pegado duro a su compañero, fué porque éste se permitió desacreditar a su padre, y esto no se lo consentiría él

ni al propio director, por muy severo que fuese.

¿Quién creían que era su padre?

¡Su padre valía lo que todos los padres juntos!

V

El niño vencido por Cristóbal no las tenía todas consigo delante del director del colegio.

Su intranquilidad significaba a ojos vistas que se consideraba culpable y que Cristóbal era inocente, puesto que su serenidad no podía ser mayor.

El director estaba enterado pe a pa de lo ocurrido, es decir, del verdadero origen de la riña; o sea: de las palabras pronunciadas por el vencido al vencedor.

Ceñudo, el director amonestó al vencido, infligiéndole unos días de arresto, y le mandó retirarse.

¿Qué iba a hacer con Cristóbal?

Le hizo permanecer en el despacho y ordenó que hicieran pasar a su padre.

No era costumbre del colegio el que los padres viesan a sus hijos en presencia del director, y Sorrell sospechó que iba a suceder algo desagradable.

Al penetrar él en el despacho, Cristóbal, sin atreverse a moverse, por respeto al director, le contempló con una inefable sonrisa. Sorrell, que vió, inmediatamente, confirmadas sus sospechas en el adusto semblante del director, correspondió al saludo de su hijito con otra sonrisa, pero ésta, más que a estímulo, impelía a compasión.

—Señor Sorrell—dijo el director sin circunloquios—, le he molestado llamándole aquí, pues tengo precisión de hablarle,

—Estoy a sus órdenes, señor director.

—Me pesa lo que voy a decirle, pero no hago más que cumplir con mi deber... Usted debe saber que este centro se creó para los hijos de... de caballeros... ¿Realmente es esa de *portero* la profesión de usted?

Sorrell sintió que se le anudaba la garganta y sólo pudo contestar moviendo afirmativamente la cabeza.

—Entonces... ¿puedo confiar en que retirará usted a su hijo espontáneamente?—añadió el director.

—Ahora mismo, señor—murmuró Sorrell, anonadado.

El director dejó a solas a padre e hijo, y entonces Cristóbal, viéndose libre del ogro, se abrazó febrilmente a su padre, imitándole Sorrell, ahogando unos sollozos.

—¡Paparrriño! ¿Por qué no me avisaste?

—Quise sorprenderte, hijo mío.

—¡Con las ganas que tenía yo de verte!

—¿Tantas como yo, Cristóbal?

—Igualitas, papá. Pero ¿por qué me miras de este modo?

—¿No has oído lo que ha dicho el señor director?

—Sí, papá; pero con ir a otro colegio...

—A ti te gustaba mucho este...

—Sí, pero es igual, papá.

—Si vieras, hijito, qué apenado estoy...

—No te apures, papá. ¡Más apenado estará el chico que ha recibido mis golpes!

Sorrell no pudo menos de sonreír ante la ingenua exclamación del niño y, sobreponiéndose a la amargura de aquel nuevo desengaño, estuvo locuaz y, zarandeándole cariñosamente, le dijo:

—¡Eres un valiente, Cristóbal!

—¿Cómo no iba a serlo, siendo el hijo de un héroe?—respondió el chiquillo.

—Tú lo serás mucho más que yo, pequeño.

—No, papá; más ya no es posible. Yo me contento con parecerme a ti.

Si en aquel momento hubiese entrado en el despacho el muy ilustre y severísimo director de la escuela para hijos de caballeros, hubiera, sin duda, humillado la cerviz ante aquella escena en que la más alta de las noblezas mostraba su faz risueña...

* * *

Las tragedias de la juventud son de una realidad fugaz. Vuelto a los cuidados de su padre, Cristóbal olvidó las insidias de sus compañeros.

Con Mary, su gentil compañera, llenaba de risas el jardín del hotel.

Traviesos como ellos solos, cierta mañana se subieron a un árbol para contemplar en su nido unos pajaritos cuyo piar había llamado su atención y acuciado su curiosidad.

Cristóbal, más decidido que Mary, llegó sin grandes esfuerzos, cabalgando sobre una rama que se alargaba del árbol paterno horizontalmente en robusto tronco, hasta el nido de las tiernas aves, y como viera que la niña se quedaba atrás, la llamó, tachándola de miedosa para sacudir su amor propio.

Mary pretendió imitar a su amigo, y, al ir a avanzar por la rama, tuvo la desgracia de resbalar, y cayó aparatosamente en tierra, quedando tendida en el suelo sin conocimiento.

Asustado, Cristóbal saltó del árbol y fracasando en su intento de retornar a Mary, fué a buscar socorros con toda la ligereza de que fueron capaces sus piernas.

Acudieron Sorrell y el señor Roland, y la niña, sin recuperarse, fué conducida a su lecho.

Requerido de urgencia un eminente cirujano, se vino en saber que la caída de la niña había sido

grave. Su vida estaba en peligro. Era indispensable practicar una pequeña operación en la cabeza.

El doctor encerróse con el señor Roland en la habitación y procedió a la delicada cura.

Detrás de las puertas aguardaban, conteniendo casi la respiración con el afán de oír a Mary, para convencerse de que seguía viviendo, Sorrell y Cristóbal, cuyo pálido semblante expresaba el terror de haber sido causa involuntaria del accidente y el ansia de volverla a ver fuera de peligro.

Pasaron minutos que parecieron siglos a los dos Sorrell, y, al fin, vieron abrirse la puerta del cuarto y aparecer al doctor, vestido de calle, pues ya estaba listo de la operación.

Sorrell había dicho a su hijo, para calmar su nerviosismo:

—La cosa irá bien, pequeño. El doctor Orange es el mejor cirujano de Inglaterra.

Y Cristóbal, envolviendo al doctor en sus cálidas miradas, parecía preguntarle:

—La ha salvado usted, ¿verdad?

Pero fué Sorrell quien, anticipándose a su hijo, preguntó al cirujano:

—¿Cómo está la niña, doctor?

El doctor era hombre de pocas palabras. Extrañado de que un portero le dirigiese preguntas, le volvió la espalda, continuando su camino hacia la escalera del *hall*. Pero Sorrell insistió mudamente de tal modo en su afán de saber el resultado de la intervención quirúrgica, que el famoso hombre de ciencia contestóle llanamente:

—Dentro de quince días podrá volver a subirse a los árboles.

Cristóbal apretó loco de contento las manos de su padre, y lo arrastró en seguimiento del gran doctor. ¡Oh, qué hombre! ¡Cómo le felicitaba! ¡Nunca podría pagarle bastante el haber salvado la vida de su amiguita!

Frente al hotel esperaba al doctor su automó-

vil. Iba aquél a subir al coche, cuya portezuela Sorrell abriera, cuando Cristóbal, adelantándose a él, le dijo, tendiéndole la suya:

—¿Quiere usted darme su mano, doctor?

Este le observó, sorprendido, y agradablemente impresionado por la vivacidad del muchacho, accedió a su pueril deseo.

Orgullosa, Cristóbal estrechó la mano del sabio y añadió, como una persona mayor:

—Cuando yo sea grande, quiero ser un gran médico como usted y salvar muchas vidas.

Halagado por las palabras del mocoso, el doctor, que parecía tener herméticos sus sentimientos, sonrió ligeramente y repuso, dirigiendo sus miradas hacia los comienzos de su carrera:

—Eso cuesta enormes desvelos, muchacho.

Y terminó diciendo, en el momento en que el automóvil iba a embregar, y dirigiéndose a Sorrell:

—Si, cuando sea mayor, sigue en su idea de estudiar medicina, envíemelo.

—Gracias, doctor... No lo olvidaré—contestó el ex capitán.

* * *

Mucho trabajó Cristóbal...

La Universidad, la Escuela de Medicina... y luego el hospital, donde supo del vigor y de la fragilidad del cuerpo humano.

Y en las habitaciones particulares del señor Roland, en el hotel, reuniéronse en una comida íntima, el citado señor Roland; su hija Mary, convertida en una hermosa flor, cuyo aroma pertenecía únicamente a Cristóbal, que era un gallardo mozo; éste, su padre y Fanny, la comprensiva compañera del ex capitán.

Cristóbal y Mary evocaban sonrientes sus años juveniles.

—¿Recuerdas, Mary, cuando me pegaste con el mazo del croquet?

¡Oh, sí! No lo había olvidado, como tampoco el que desde aquel día se sintió ligada a él para siempre, habiéndose encargado los años de anudar cada vez más aquellos lazos.

—¿Y recuerdas tú—díjole Mary—cuando me hiciste caer del árbol y herirme en la cabeza?

—¿Que si me acuerdo? Nunca sufriré tanto como el día en que mi maestro te tenía a su merced. Gracias a esa circunstancia, que hubiera podido ser fatal, soy hoy lo que soy.

Los "mayores" los dejaban platicar libremente, pero, de pronto, el señor Roland levantóse de su asiento y, alzando una colmada copa de champañá, dijo solemnemente:

—¡A la salud de nuestro festejado, Cristóbal Sorrell, miembro del Real Colegio de Cirujanos!

Todos, excepto Cristóbal, pusiéronse en pie y brindaron por él.

Los ojos de Sorrell brillaban de un modo extraordinario.

Verificado este brindis, Cristóbal levantóse para corresponder al mismo, y levantando su copa, la vista fija en su padre, que le contemplaba como en éxtasis, pronunció, lleno de emoción, que se contagió a los demás:

—El porvenir más o menos brillante que me reserve el destino, lo debo a un gran hombre... ¡a mi padre! ¡Gracias, padre mío!

¡Palabras sencillas, elocuentes, conmovedoras!

Nada pudo contestar Sorrell. Hay momentos en la vida en que el corazón, de tanta dicha, impide a los labios expresar lo que siente.

A continuación de Cristóbal levantóse de nuevo el señor Roland.

—Ustedes saben que yo buscaba una persona que me relevase en la dirección de este hotel... Pues bien; ahora pido a ustedes que brinden conmigo por el hombre de mi elección.

Y señalando a Sorrell, añadió:

—El capitán Esteban Sorrell, Cruz Militar.

Tantas emociones a un tiempo, abrumaron a Sorrell.

—¿Yo?... ¿Dice usted que yo... voy a dirigir... esto?—balbució, no volviendo de su asombro.

Fanny y Mary fueron a felicitarle, con cariño a toda prueba, y Mary le besó suavemente las nevadas sienes.

—Usted todo lo merece, capitán Sorrell—dijo la novia de Cristóbal.

Todos estaban radiantes de felicidad. Levantáronse de la mesa, para tomar el café y unas copitas, que Fanny, con el señor Roland se encargó de llenar, y Sorrell quedó solo en la mesa.

Cristóbal y Mary fueron al saloncito inmediato y sentáronse al piano, donde Mary tocó una serenata que entusiasmaba a Cristóbal, porque era exquisita... y porque la tocaba su amada.

Sorrell se dió súbitamente cuenta de que había quedado solo en la mesa y levantándose se paseó por el comedor, como un autómeta.

¿Había estado soñando?

Miró en su derredor y se convenció de la realidad. Entonces, su corazón encogido logró reaccionar y, apoyándose en la cornisa de la chimenea del comedor, quedó inmóvil y meditabundo.

El señor Roland, que le había estado observando, se acercó a él y preguntóle:

—¿No es usted feliz?

Sorrell le miró de frente, sin poder contener ya las lágrimas, y repuso:

—Feliz.. es poco. Tener un hijo cirujano... y dejar de ser portero... ¡Soy felicísimo!

Y, sin poderlo remediar, tan profunda era su alegría, rompió a llorar con toda su alma.

Al poco rato entró un "botones", quien, dirigiéndose a Sorrell con una bandeja en la mano, le entregó una tarjeta, en la que el ex portero principal leyó:

Sra. Percy Winston

—Esta señora desea verle a usted personalmente en sus habitaciones—dijo el “botones”.

—Voy allá en seguida.

Sin sospechar la nueva sorpresa que le reservaba el destino, encaminóse Sorrell a las habitaciones de aquella dama, y se encontró frente a frente con Dora, su antigua esposa.

¡Ah! ¡Eres tú la señora Winston?—exclamó Sorrell, reconociéndola a pesar de la extremada transformación que ella había sufrido, con tintes y afeites y lujosísimas *toilettes*.

—Sí, Esteban... Winston fué mi tercer marido... el más rico... y ha muerto.

—¿Qué quieres? ¿Por qué has venido? ¿Por qué me has llamado?

—Sé cariñoso, Esteban... ¿Es cierto que Cristóbal, como lo anuncia el periódico, va de cirujano al hospital del famoso doctor Orange?

—Sí... Cristóbal ha salido un talento.

—Estoy muy contenta, Esteban... y he venido... Mirame... Déjame compartir contigo su vida.

—Conmigo, nunca.

—Estoy muy sola... y, sobre todo, soy su madre.

—Para mí ya no existes.

—¿Y para él?

Cristóbal, que tenía precisión de hablar con su padre, llamó a la puerta de las habitaciones de su desconocida madre y entró en ellas, para ver si aun estaba allí.

—Perdón...—dijo el joven cirujano.

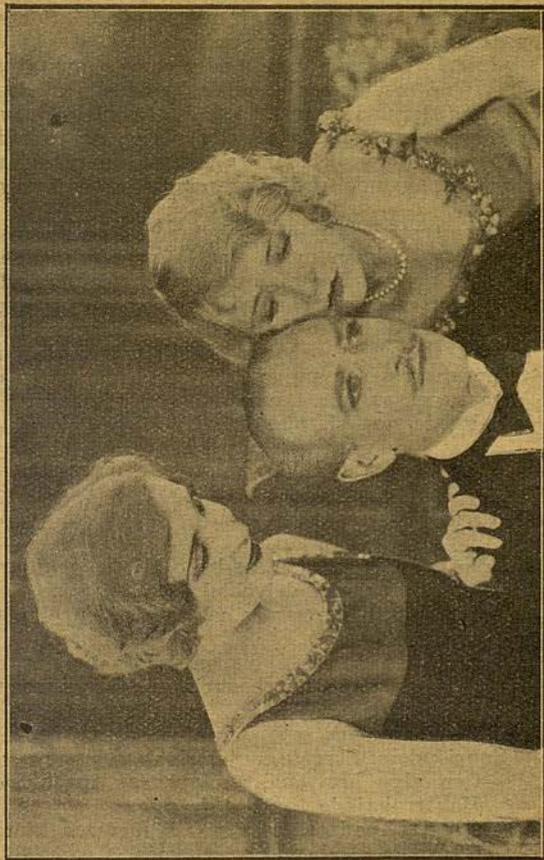
Sorrell, indicándole que se acercara, le presentó a Dora, revelándole la verdad:

—Es tu madre, Cristóbal.

—¿Mi... madre?

Dora levantóse y fué hacia él con los brazos abiertos.

—Pero...—murmuró, atónito, Cristóbal.



Fanny y Mary fueron a felicitarle...

—Quiere pedirte no sé qué...—añadió Sorrell; y desapareció, dejándolos solos.

Cristóbal miraba a su madre como a una extraña. ¿Qué cariño podía sentir hacia ella si desde su más tierna infancia no la había vuelto a ver? ¿Habíase preocupado aquella mujer de su vida? ¿Por qué reaparecía ahora, cuando menos la necesitaba, cuando podía prescindir perfectamente de ella?

Dora trató, con mimos y halagos, de ganar para su causa al buen mozo, por la vanidad, y nada más, de mostrarlo como una joya a sus amistades.

—¿Por qué, querido Cristóbal, no vienes a pasar unos días a Londres? Te faltan aquí tantas cosas... Conozco muchachas lindísimas de las que te encantaría ser amigo... ¿Verdad que no te negarás a pasar una temporada con tu madre?

—Puede que sí, ma... madre.

VI

A la hora de la cena, padre e hijo se reunieron en sus habitaciones del hotel.

Sorrell puso la mesa y colocó algo en el plato de Cristóbal.

Cuando éste se sentó, disponiéndose a cenar, encontró en su plato un cheque y miró, interrogante, a su padre.

—¿Qué significa esto, papá?

Sonriéndole, Sorrell contestóle:

—Con algo hay que recompensar tus esfuerzos. Has trabajado tanto, hijo mío...

—Gracias, padre... pero yo no merezco tanto...

—Guárdate el cheque, y cenemos...

Durante la cena, Sorrell, como un inciso, habló de Dora.

—¿No te decides a aceptar la invitación que, según me dijiste, te ha hecho tu madre?

—Creo que debo ir... Pero es muy extraño el sentimiento que me lo aconseja.

—¿No es la idea de que ella es tu madre?

—No; es la de hacerle saber cuán amigos somos tú y yo.

—Gracias, hijo mío... Claro que yo nunca he salido de tu corazón.

En Londres, Cristóbal tuvo ocasión de conocer a fondo a su madre.

Fué de fiesta en fiesta con ella, relacionóse con sus innumerables amistades, ninguna de las cuales mereció su aprobación, pero donde se convenció de que su pundonor no le permitía seguir ni un momento más al lado de Dora, fué en un restaurante nocturno.

Dora habíale presentado a una "linda señorita", un buen partido, según ella, y la "niña bien" se entregó, apenas iniciada la conversación con él, a un juego de conquista que le resultó altamente censurable.

¡Cuán distinta era Mary, su dulce novia!

¡Cómo la echaba de menos en aquel ambiente de lujo y placeres desenfrenados!

Pero, galante, Cristóbal aceptó bailar con ella, y mientras lo hacía vió a su madre haciendo señas a un caballero que ocupaba, solo, una mesa cercana a la suya.

Correspondiendo a dichas señas, el caballero en cuestión fué a sentarse al lado de la encantadora y fácil viudita y, enamorado de ella, no pudo reprimir sus libidinosos deseos, besándola con fruición en uno de sus desnudos y perfumados brazos.

—Sea usted prudente—le advirtió ella, temiendo que Cristóbal descubriese su verdadera personalidad.

Pero Cristóbal, que no había perdido detalle de aquella escena, cesó de bailar con la "recomendada" de su madre, y yendo recto al caballero que se tomó aquella libertad con Dora, obligóle bruscamente a separarse de ella, sentándose

él en su lugar, no disimulando su disgusto por lo que había visto.

Cínica, Dora, acariciando la barbilla del apuesto mozo, le dijo, melosa:

—Mi pobrecito hijo no sabe nada del mundo... Yo pienso darle una educación moderna.

¿Qué quería decir aquella coqueta con estas palabras? ¿Se imaginaba que él sabría amoldarse a una vida artificial, indigna?

¡Oh, no!

El odiaba los placeres fáciles. Su existencia se había deslizado siempre, bajo la vigilancia paterna, por el sendero de la rectitud, y no se apartaría jamás de él.

De regreso al hogar materno, mareada por el exceso de libaciones, Dora dijo a su hijo:

—Ya que has venido a mí, quiero retenerte a mi lado.

Y Cristóbal, secamente, le respondió:

—Lo siento... pero me voy mañana.

—¿Por temor a la zurra de papá?

—Mi padre y yo nos comprendemos y nos amamos.

—¿Y a mí no intentas siquiera comprenderme!

Los vapores del alcohol la hicieron ponerse sentimental.

—¡Yo te amé siempre, Cristóbal!... ¡Aun eres mi niño!

—Yo me debo a mi padre. ¡Jamás me perdonaría el hacerle traición!

—¡El miserable!—rugió la frívola—. ¡Ha enseñado a odiarme a tu corazón!

—Mi padre nunca me habló de usted... ¡ni nombrarla siquiera!

Al día siguiente Cristóbal volvió al lado de su padre y de su amada.

¿Cuán distinta era la vida junto a estos queridos seres!

—¿Te has divertido mucho?—inquirió Sorrell, intencionadamente.

—No, padre.

—¿Vuelves enamorado?

—¡Ni pensarlo!

—¿Y tu... madre?

—Amabilísima; pero... creo que será mejor no volver a verla, papaito.

* * *

Bajo la guía del eminente Orange, Cristóbal llegó a ser uno de los cirujanos modernos más destacados; lo que iba a demostrar ante un curso de ilustres profesionales.

La prueba era comprometida. Del éxito o fracaso de la misma dependía el porvenir del joven doctor.

La operación que iba a practicar a un paciente delante de sus colegas era difícilísima. Sólo Orange podía atreverse a hacerla, pero cedió el honor a su alumno favorito, asistiendo a ella como ayudante.

Los practicantes hallábanse ya en la pista del anfiteatro, cuyas gradas estaban atestadas de doctores.

Cristóbal, al aparecer en la pista acompañado del doctor Orange, dijo a éste, un tanto intimidado por el trascendental experimento que iba a realizar:

—Sólo aspiro, doctor, a responder a la confianza que usted ha puesto en mí.

A lo que respondió el viejo doctor, animándole con sus ojillos vidriosos:

—De faltarme la fe en usted, ¿no estaría el bisturi en mis manos?

El momento solemne se acercaba.

Los practicantes preparaban al enfermo.

En las gradas se hacían, en voz baja, los más aventurados juicios:

—No sé cómo Orange patrocina las teorías de

Sorrell... ¡Debe de estar loco!—dijo un reputado doctor a un colega que estaba a su lado.

Junto a éstos hallábase un hombre, en cuyo rostro había las huellas de intensos dolores, que escuchaba en silencio cuanto se decía referente al joven doctor. Las dudas que les inspiraba Cristóbal le herían despiadadamente y aumentaban la tensión de sus agotados nervios.

Ese hombre no era médico, sino el ex capitán Sorrell, el padre del genio que iba a deslumbrar a todos con su triunfo.

Cristóbal se dispuso a practicar la operación. Calzóse los guantes y cogió el bisturí. Pero antes paseó su vista por las gradas y buscó ávidamente a su padre. ¿No estaba allí? ¿Habría renunciado a asistir a la dura prueba?

Desalentado, dijo al doctor Orange:

—No le puedo encontrar...

El venerable doctor buscóle a su vez y, al descubrirle, se lo mostró discretamente:

—Véalo allí.

Entonces Cristóbal, mirándole fijamente, le pidió su bendición en aquellos instantes decisivos.

Sorrell, húmedos los ojos, lo acarició con sus miradas, y, animado por el beso que sintió en su frente, procedente de su mascota, Cristóbal se entregó en cuerpo y alma a la arriesgada operación.

Sorrell, pendiente de los menores movimientos de su hijo, parecía que se iba hundiendo en su asiento, presa de angustia.

Los colegas que actuaban de testigos, seguían murmurando. Hasta Sorrell llegaron estas palabras:

—Un falso caso de cirugía de cerebro... casi imposible.

—El más ligero temblor de la mano... y fracasará.

—Si triunfa, puede dar por hecho su renombre.

¡Oh, Señor!

¿Es que su hijo iba a fracasar?

—¡Dios Todopoderoso, Dios de los justos, inspírale!—rezaba, latándole desacompañadamente el corazón.

VII

Un murmullo de aprobación se esparció por el anfiteatro. ¡Cristóbal había resuelto brillantemente el arduo problema!

Emocionado, el doctor Orange le felicitó efusivamente:

—¡Admirable, querido discípulo!.. ¡Estoy orgulloso de usted!

Cristóbal miró de nuevo hacia su padre y le ofreció la gloria que acababa de alcanzar y que le pertenecía por legítimo derecho. ¡Había triunfado en toda la línea! ¡Su carrera estaba consolidada!

Sorrell hizo un leve movimiento de cabeza, temblándole los labios, como si quisiera y no pudiera hablar, y de sus ojos manaban abundantes lágrimas.

¡Lo que había sufrido él durante la corta espera del resultado clínico! ¡Había vivido diez años por lo menos en unos minutos!

Era demasiada alegría para sus pobres fuerzas. Todo tiene un límite, y él lo estaba rondando desde hacía algún tiempo.

Paulatinamente los doctores fueron abandonando las gradas, haciéndose lenguas del saber de Cristóbal, y desaparecieron de la pista los operadores y los practicantes.

Sorrell, que no veía sino, imaginariamente, el rostro, risueño por la victoria, de su idolatrado hijo, quedó solo, sin notarlo, en el amplio anfiteatro.

Cuando se dió cuenta de ello rióse de sí mismo y se dispuso a ir al encuentro de Cristóbal, que

debía estar buscándole librándose de los colegas anhelosos de estrechar su hábil mano.

Pero... le costó levantarse, y al echar a andar, a pesar de que se apoyaba en un bastón, tambaleábase, como si estuviese ebrio; y lo estaba, sí, pero de felicidad.

Descendió lentamente, vacilante, las escaleras del anfiteatro, y cuando le faltaba salvar los últimos escalones perdió el equilibrio y cayó pesadamente, de un modo espeluznante, al suelo, no encontrando la muerte instantánea en su fatal caída por verdadero milagro. ¡Su alma, debilitada por tantas emociones, ya no podía con su triste envoltorio carnal!

Un doctor, que pasaba por allí, acudió presuroso a auxiliarle, y, reconociéndole como padre de Cristóbal, hízole objeto de distinguida consideración.

—¿Se ha hecho usted daño? Venga usted conmigo, señor Sorrell.

El ex capitán, haciendo un sobrehumano esfuerzo, logró sostenerse en pie por sí solo, y repuso, sonriente:

—Ya me siento del todo bien. Gracias, señor... ¡Por favor, que no se entere mi hijo!

—Por mí no se enterará; pero cuide ese corazón, señor Sorrell.

—No es nada.. no es nada. ¡Estoy más fuerte que nunca!

* * *

Sólo una cosa le faltaba a Cristóbal para tenerlo todo: el amor de Mary como esposa.

Y casó con ella; y la boda fué principesca. ¡Una nueva alegría para Sorrell! ¡Un nuevo aviso de su corazón!

Después de la ceremonia, las damitas de la corte de honor de la novia se disputaban el gallardo

esposo, deseando todas tocarlo para que les diera suerte.

Mary besó con cariño de hija a su nuevo padre, después de la boda, y también momentos antes de partir de viaje, y a Sorrell antojábasele vivir en un sueño de hadas.

El doctor Orange, el señor Roland y Fanny observaban en silencio a Sorrell...

Cristóbal notó en su padre algo extraño al decirle, y le preguntó, intranquilo:

—Parece que no estás muy bueno, papáito.

—Si no puedo estar mejor, hijo mío...

—Secretos para mí, no. Acuérdate de tu promesa. Nada de secretos.

—No es nada... A veces me resiento de aquel pequeño trozo de granada en mi pecho, ¿sabes? Pero no hay cuidado.

—Adiós, pues, padre mío, amado paparrriño. Hasta la vuelta. Te escribiremos a diario.

—Adiós, y sed felices.

Partieron los novios, entre la algarabía de las mocitas, y al quedar solo sintió Sorrell un agudo dolor en su corazón que le hizo exhalar un quejido.

Acercáronse solícitos los que le querían, y, de nuevo, engañándose a sí mismo, para engañarlos a todos, murmuró, alejándose:

—No es nada, gracias; no es nada...

Felizmente casado Cristóbal, con amplios horizontes en su vida, Sorrell retiróse al campo, anhelante del merecido reposo.

Con él compartía la calma del apacible lugar la bondadosa Fanny.

Un día, mientras ella regaba las plantas, Sorrell contempló unos capullos recién formados y dijo a su comprensiva compañera:

—Cuando ellos regresen, ya estarán en flor.

¡Siempre ellos! ¡Eran su obsesión! ¡El, sin su hijo, era hombre perdido!

El señor Roland le visitaba a menudo, y al ha-

cerlo aquella mañana, observó en su amigo algo extraño.

Sorrell salió del jardín a recibirle, pero apenas se encontró ante él, sufrió un nuevo ataque y esta vez no pudo reaccionar. El aviso era en aquella ocasión fatal.

—Lo mejor sería enviar por Cristóbal—dijo el señor Roland, alarmado.

—¡No!—pudo decir Sorrell suplicante—. No quisiera amargar su luna de miel... por nada del mundo.

* * *

Fué preciso avisar a Cristóbal. Su padre se moría, y el doctor Orange, que le asistió, indicó que no había tiempo que perder.

Cristóbal y su esposa volaron en pos del amado viejo, y los dos doctores celebraron consulta.

—Su vida no puede durar mucho, querido—dijole el doctor Orange a su discípulo.

Era cierto. Y Cristóbal gimió, desesperado:

—Todo me lo dió su bondad... Trabajó para mí, se humilló por mí, por mí vivió esclavo ¡y ahora que me necesita, nada puedo darle!

—Nada... salvo la morfina para adormecer sus dolores. No podemos, no debemos hacer otra cosa—añadió, como una sentencia, el doctor Orange. Llegó la noche.

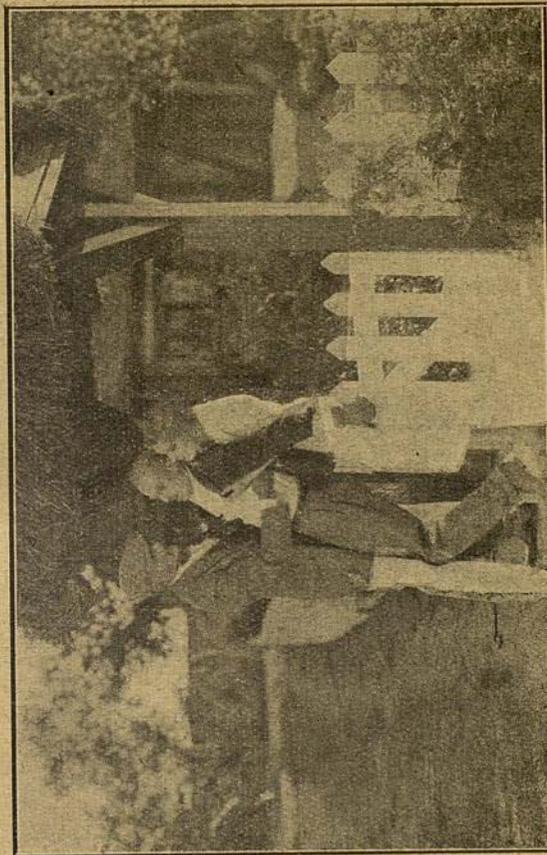
En su lecho, Sorrell agonizaba, quejándose horriblemente.

Cristóbal, acostado junto a Mary, en la habitación fronteriza a la de su padre, lloraba rabiosamente ante su impotencia para salvarle.

Mary le dijo:

—¿No hay nada, amado mío, para evitar que sufra? ¡Qué tormento el suyo!

Cristóbal luchó unos momentos más con sus escrúpulos, y, al fin, persuadido de que debía obedecerle,



cer el consejo de su maestro, levantóse y acudió a la cabecera del ser que se iba...

—¡Dios mío!... ¡Por qué no me pones una inyección, Cristóbal?—imploró Sorrell.

Cristóbal, como un autómeta, se dispuso a ponerse.

—¡Una dosis fuerte, hijo mío!

Y, casi inconscientemente, el hijo acató la última voluntad paterna, poniéndole una fuerte inyección de calmante.

Satisfecho, Sorrell se abrazó fuertemente a Cristóbal, y luego, despidiéndole aún con sus últimas miradas, balbució:

—Ya me siento del todobien. Gracias, señor...

—Ya no hago falta... Mi misión... ha terminado ya... ¡Qué... satisfecho... estoy!

Y Sorrell, el capitán Esteban Sorrell, Cruz Militar, quedó dormido.

Mary esperaba a Cristóbal en el comedor.

El joven esposo se reunió con la gentil mujer, arrasados sus ojos en lágrimas, y, cayendo de bruces sobre sus rodillas, exclamó:

—¡Ya no volverá a despertar!

Y Mary, acariciando a Cristóbal, murmuró:

—Dios te tenía reservado para hacerle este bien.

—¡Qué bien más doloroso!—dijo él—. Y, ya ves... ¡aun estoy alegre!

En efecto, la alegría y el dolor agitaban por igual al huérfano.